

PERFIL DEL LECTOR Y DEL NO LECTOR

JULIA SAEZ-ANGULO

Escritora y Periodista

Los viajeros románticos ingleses, de finales del siglo pasado, contaban a sus lectores del Imperio Británico que las señoritas sevillanas se negaban a leer libros para no perder el brillo de sus ojos. Eso sí, se hacían leer en voz alta mientras bordaban, hacían bolillo, o tomaban la fresca en sus patios de bugambillas y arrayanes. Pues bien, aquella situación ha cambiado mucho: hoy son las mujeres y los jóvenes adolescentes los mayores lectores de nuestra sociedad, todavía tímida y pacata en los índices de lectura respecto a nuestros vecinos de la Unión Europea, pero más compradora de libros –y también más lectora– que en décadas pasadas, pese a las quejas jeremiáticas de nuestras editoriales y autoridades institucionales.

Según los últimos datos de compra y lectura facilitados por la Dirección General del Libro del Ministerio de Cultura, el 56% de la población, a partir de los 18 años, dedica algún tiempo a la lectura. Y esta constatación puede y debe desglosarse en los ciudadanos de lectura habitual: un 24,4% y los de lectura diaria 18,1%, lo que suma un 42,5%, a los que habría que añadir los de lectura esporádica: un 13,6% y los no lectores 41,7%. Como se observará por estos datos, la media nacional viene a ser la mitad salomónica de los que leen con frecuencia y de los que pasan de hacerlo. (Una aclaración previa: no se cuenta a menores de 18 años, porque en su mayor parte se maneja todavía con los libros escolares o de texto).

Si seguimos con la fría pero elocuente estadística, hay que afirmar con rotundidad que cuanto más se lee es entre los 18 y los 24 años. Y si diferenciamos los verbos o actos de comprar y leer, afirmaremos que el 37%

de los individuos de 18 años o más compró algún libro en un período de referencia de 12 meses (las mujeres entre 18 y 24 años son las mayores compradoras), mientras que el 51,8% de los españoles leyó "algún libro" en los últimos doce meses. Otro dato sociológico de interés: la lectura tiende a concentrarse en fines de semana. El índice de lectura desciende en las mujeres, a medida que se adentran en la edad de la procreación y de la ocupación de las tareas domésticas, según el informe de Fuinca. Leer también es una cuestión de tiempo para el ocio.

LA CREACION DE LOS LECTORES

¿Cómo nace un lector en España?. El amor a la literatura y a los libros no se enseña, no se puede enseñar, se contagia, sostiene el escritor Luis Landero –autor de "Juegos de la edad tardía" y "Caballeros de fortuna"– al mismo tiempo que profesor de Literatura. Ese contagio nace primero de una educación de la sensibilidad, de un despertar el amor a un texto, a una historia, –el libro en definitiva– y sus múltiples referencias derivadas de él. La enseñanza de la Literatura, y por ende de la lectura, debe acarrear tal placer que no se debe enseñar junto al aprendizaje de la lengua, la gramática y todos sus adláteres. La literatura, la lectura, debe de ser sólo gratificante, y no ha de unirse a la dificultad del aprendizaje a escribir o redactar, que exige otros parámetros.

La Enseñanza General Básica y el Bachillerato deben de ser el tiempo de siembra para el gran vivero de lectores, pero en los planes del Ministerio de Educación y Ciencia no parece demasiado importante esta cuestión, pues poco a poco están acabando con las Humanidades, en aras de una prag-



maticidad de estudios que lleven directamente a los puestos laborales que la sociedad demanda. Craso error por cuanto en sociedades pioneras y más avanzadas que la nuestra como son las sajonas, se han dado cuenta que un buen generalista se adapta con más holgura a cualquier transformación profesional que el mercado laboral va demandando en el tiempo. Estados Unidos va cada vez más a que los especialistas sean humanistas porque son más versátiles y protéticos en el trabajo.

Hace falta que se estudien más Humanidades en las carreras y oficios; que el gran tronco de las Humanidades sea algo común en todos los estudios. De ahí nacen hombres con mayor sensibilidad, criterio y sentido crítico; estos son los que después se

acercan al libro como objeto de cultura, ampliación de horizontes y de placer. Pero si primero se erradicó el Latín y el Griego de los estudios, ahora se retira la Filosofía que ayuda a



reflexionar, ¿qué cabe pensar?: que el Ministerio de Educación sólo piensa en formar robots para un mercado laboral cada día más restringido y concreto. Se forman productores, no hombres con sensibilidad y crítica. Son esos humanoides que van abocados sin solución a la pereza de los medios de comunicación audiovisuales, a los que nunca renuncia el poder (a la letra impresa si lo ha hecho porque apenas si tiene incidencia).

Las bibliotecas escolares son otro factor clave para que de ellas salgan lectores. Si los estudiantes se acostumbran a manejar, consultar e indagar datos en los libros, estos les serán familiares y elementos codificadores de saberes y datos. Bucear en las bibliotecas ha de ser una actividad común para los estudiantes, sólo así

saben de la realidad y la valía de los libros, del tesoro casi infinito que encierra una biblioteca, una librería...

Desgraciadamente muchas de estas bibliotecas escolares no funcionan, no se usan, están cerradas a cal y canto porque no existe un bibliotecario o un simple encargado que las atienda, las clasifique, oriente, preste a los escolares... Si el Ministerio de Educación no ve la necesidad de ese encargado de la Biblioteca, difícilmente funcionará. Entre tanto sólo cabe decir que más vale que los libros desaparezcan entre las manos de los escolares a que se mantengan imolutos y cerrados en los anaqueles.

LECTORES EXIGENTES

¿Con qué dificultades se encuentran los lectores exigentes en España?. Pues muy sencillo, con el gran problema que se encuentra el sector del libro: todo un conflicto de intereses entre editoriales y libreros, con la atomizada distribución en medio de ambos puntos de fabricación y venta. Los buenos libros, los de alta cultura apenas si llegan o se detienen en los puntos de venta, porque una gran producción de títulos (unos 50.000 al año) arrasa con su presencia las pequeñas librerías que se atascan, mientras las distribuidoras trasnochadas no son ágiles y llevan los libros tarde y mal. En algunas ocasiones se hace una segunda edición ante la demanda de algunas librerías, y luego aparecen partidas de devoluciones que han estado dormidas en los canales, depósitos o almacenes del distribuidor. En este campo hace falta la gran central de reparto, para que la agilidad facilite al lector su título, que de otra forma ha de acudir vagabundeando a las librerías de viejo, a falta de una buena librería con ricos fondos en su haber. Hoy, la mayoría de las librerías, con poco espacio, sólo pueden tener la actualidad de los últimos títulos para estar al día y poco más ofrecen al lector inquieto o exigente.

El libro de calidad y de cultura necesita de buenas, potentes y resistentes librerías, que no lo devuelvan ante su venta lenta o la avalancha de los nuevos títulos.

EL FUTURO PROMETEDOR

Pese a la llegada de los nuevos soportes magnéticos e informativos, al libro tradicional y convencional parece que le espera todavía una larga vida. Después de todo sólo tiene unos 500 años de vida con la imprenta, y antes tuvo también otros soportes como la arcilla, la cera, el papiro, el pergamino o la vitela, si nos remontamos a los 5.000 años en que apareció el alfabeto que da forma a la palabra.

Algunos escritores, con cierta gracia y razón, aseguran que no hay que empeñarse en que la gente lea y relea. Estos son sólo intereses bastardos y comerciales de la industria del libro, aseguran. Incluso estiman que es bueno que la sociedad lectora tenga algo de cofradía o secta secreta, de prestigio, élite, erudición e ilustración, frente a la masa que sólo devora imágenes ante la pantalla tonta. El hecho de que desde las instancias del poder se hagan campañas premiosas para que la gente compre libros y lea, despierta no pocos recelos en muchos ciudadanos, que desconfía del Estado, como un ogro filantrópico, o un Leviatán omnipresente, todopoderoso y ubicuo con su pretendido endiosamiento. Para esos escritores, el Estado, el Poder omnimodo, debe abstenerse de promocionar la lectura, porque resulta contradictorio, contraproducente y despierta recelos.

Si el libro es un objeto de cultura, un ente mágico de ampliación de horizontes, tanto en su vertiente narrativa como ensayística, que ofrece una visión del mundo ética y estética, transmisora de ilustración moral, cargada de humanismo, con una gran proyección crítica, ha de traducirse en un ente de amenidad y fascinación que se proyecte en placer para el lector. □